

(Poemas de amor a Mario)

Los textos en cursiva de comienzo y final pertenecen a *Los papeles salvajes*.

A veces, en la madrugada, llovía dulcemente, y parecía que un enjambre caía del cielo, que los muertos volvían a la vida, que todo estaba bien.

Yo me asomaba a la ventana, y a la media luz, ya todas las hojas eran granates y amarillas, livianas y fragantes; como uvas o amapolas.

Y entre los grandes árboles, los monjes en sus casetas, pequeñas, entre las ramas. El nuestro salía a mirar la lluvia, los relámpagos, anotar en su Cuaderno del Tiempo, el monje de astas larguísimas y sedosa pelambre.

Y yo volvía al lecho, a dormirme sobre la blanca almohada, a soñar que Mario estaba allí.

Volvía a mi antiguo y escondido mundo en llamas.

* * *

Estaba parada en medio de la luz de luna. A lo lejos, seres increíbles: Mario, los unicornios, los lobizones, la paloma de la paz, la Liebre de Marzo.

Las cosas que tienen blancura se distinguen mucho, huesos y rosas.

La casa está abierta y deshabitada. Y sabe que alguien la está mirando desde afuera. Aunque a veces, de las puertas, sale algún caballo y se hunde, enseguida, o de la ventana, y desaparece.

En la azotea —y no sé cómo se ven—, hay una paloma que, a la vez, es inmóvil y crece, dos o tres huevos, ya, para siempre, juntos y justos. Y una taza.

Quiero despedirme, irme; una vez hasta llegué al camino real, subí a un carruaje; pero, bajé, enseguida.

Y volví desesperadamente, casi volando, me entré en las hierbas, y, ya, invisible, seguí mirando la casa.

* * *

Miró un pimpollo de rosa amarilla (como un topacio, un coágulo de miel, un pocillito de té).

Y una telaraña que empezó a ser cuando ella empezó a mirar, el hilo de seda que giraba y formaba la tela (con las piedras brillantes).

Y una azucena roja, señoril.

Viendo esas cosas no fue a la guerra,

no se casó con nadie,

perseguía a Mario.

Y, ahora, sopla viento del norte en las colinas, viento del sur, del este y del oeste.

Se entreabren oscuras ventanas donde ella está fija para siempre.

Y los más antiguos códices, flor de lis.

* * *

Soy la Virgen. Me doy cuenta. En la noche me paro junto a las columnas y a las fuentes. O salgo a la carretera, donde los conductores me miran extasiados o huyen como locos.

Soy la Virgen. El Ángel me hablaba entre jazmines y en varios planos. Me dijo algo rarísimo; no entendí bien.

Voy por el antiguo huerto –Isabel, Ana–, por las antiguas casas; quisiera ser una mujer en una de estas casas, una mujer en la ciudad, pero, soy la Virgen; no se dan cuenta; busco otra aldea abandonada, otros cáñamos. Silba el viento. Los lobos están comiendo los corderos. A mi diadema caen las estrellas como lágrimas, caen rosas y gladiolos, dalias negras.

Soy la Virgen.

*Estoy sola. Silba el viento. ¿Adónde voy? ¿Adónde voy?
Y jamás habrá respuesta.*

* * *

Esa paloma con los huevos desparramados sobre la azotea, esa paloma de papel y mármol, esos huevos de papel y mármol, o de cal y yema, de donde saldrán más gallinas sagradas que crucen la medianoche, con un ala baja y la otra abierta. Mientras, yo, también, me presento y viajo, el pelo hasta el suelo, el vestido que me sigue por los suelos, y en la mano, la luna de ayer, el alhelí embrujado, de los años sesenta.

* * *

Dijo “Mariposa, “Amelia”. Y me volví en el aire oscuro de la tarde de oro. Entre los higos como flores cerradas, pesadas y violetas.

Dijo “Amelia”, un antiguo nombre, tal vez, el mío, el verdadero, antes de nacer.

Era el Dios que hablaba, era el Puma.

Me volví,

buscando su cara de oro, su invisible huella.

Mas, nada había; sólo el viento que jugaba, como siempre, en el jardín de higos y violetas.

* * *

Cómo andas por los lejanos aparadores, cómo vas libremente, por los prados de mi infancia, allí, donde salían los soles de la medianoche, sombríos y dorados; dos o tres, o sólo uno, entre las negras copas, donde pululaban los ladrones. Y vas y a tu paso brotan las culebras arrollándose y estirándose, blancas como espuma, como el sol, doradas; o de plata, como los muertos. Hasta que empieza el jardín inmemorial de los gladiolos, ante el que, siempre, me arrodillé, llorando y sollozando... Pero sigues omnipotente, por encima de esas flores infinitas.

*Te apoderaste de todo,
hasta de los recuerdos de cuando no te conocía.*

* * *

Estaba tendida en la camilla, lacia y levemente arrollada. Blanca. Ojos de precipicio, que entornaba sin darse cuenta, acaso huyendo de la luz, de los atractivos.

Le preguntó:

–Sangra... habitualmente?... ¿Desde cuando...?

Ella movió apenas los labios.

–Bien... veremos. Álcese un poco la ropa.

El consultorio estaba en total silencio. Se oía un tic tac, sin embargo.

Después de unos minutos apareció el sexo entre vellones rojos, rubios, negros. El médico buscó el pequeño agujero,

y le insertó con sumo cuidado un adminículo delgado con espejo que indagó en un más allá misterioso, por varios segundos. Al retirarlo se oyó un leve tic, un levísimo fru fru, un rumorcito que no era de este mundo ni de ninguno.

Ella se acomodó, se amorató, quedó como una cereza, y volvió a ser marmórea y única.

Él se alejó y tomó una libreta en la que garabateaba caracteres en rápida seguidilla, el ceño preocupado, mientras le dijo:

–Vístase.

En menos de lo que silba un mirlo, al volverse, la vio de pie, tacones, trajecito, perlas, como si nunca hubiese estado acostada, diciéndole: –Sé que es grave... ¿Es muy grave...?

Él vaciló: –Bien, veremos, vuelva dentro de... diez días. Las pruebas...

El adminículo había salido tinto en sangre.

Ella lo vio de lejos.

Le tendió la mano, se dieron las manos. En vez de abrir la puerta, él dijo: –Si se va se termina el mundo.

Ella le contestó: –Sí.

Se abrazaron. En el abrazo la melena de ella ondulaba como si fuese autónoma.

Ella sentía eso, y algún coágulo que se le deslizaba, grueso y suave como una ciruela, desde la matriz a la braga y casi al suelo.

* * *

Livianísimas mariposas estaban adosadas al tronco. Parecían una decoración; eran mi alma, dividida en varias figuras; el cuerpo (que no existía), tornasolado; los ojos de

algunas, redondos, grandes, negros, planos. Los de las otras, hechos con montículos de brillantes, sobresalían mucho.

* * *

Mi alma es un vampiro grueso, granate, aterciopelado. Se alimenta de muchas especies y de sólo una. La busca en la noche, la encuentra, y se la bebe, gota a gota, rubí por rubí.

Mi alma tiene miedo y tiene audacia. Es una muñeca grande, con rizos, vestido celeste.

Un picaflor le trabaja el sexo.

Ella brama y llora.

Y el pájaro no se detiene.

* * *

Las gallinas de casa cloquean debajo de la “coronas de novia”, de la salvia y el azahar. Población menuda junto a palomas, conejos, plantas; vive próxima a casa. Con todo lo demás la relación es remota.

Algunos de estos seres son destinados a un alevoso asesinato desde el nacimiento.

Bajo la sombra del azahar las gallinas ponen huevos grandes, blancos, que luego de un mes se entreabren y dan a luz, en cambio de pollitos, mariposas anchas, blancas, marrones. Con un dibujo, un filete marrón. Quedamos mirando pasmados. Algunas posturas dan eso. Ellas vuelan por todo, y al notarlas los niños más pequeños gritan: ¡Son mariposas! ¡De aquéllas! ¡Nacieron! ¡Muchas! ¡Blancas, marrones! ¡Son mariposas de

huevo! ¡Sale una de cada cáscara! ¡Salen muchas de cada cáscara! ¡Si nos rozan vamos a morir! ¡Mamá! ¡Papá!

Los gritos cruzan la pequeña tormenta de la tarde de verano, y llegan al mismo sol, que antes de hundirse, queda también, claro, oscuro, blanco, marrón, y revolotea un poco.

* * *

La niña del medio, no la más grande o la más pequeña, como hubiera sido lo lógico, exclamó que nada le interesaba de las conversaciones, y ella iba a ir a observar a la estrella. Nos trajo a la memoria, así, a ese ser tan brillante que hacía muchísimo tiempo se había instalado en el jardín. Lo repuso en nuestra atención.

La estrella había quedado parada en el aire, encima de una diamela, a pocos metros. Era muy bella, en verdad, plateada o de oro, celeste, con muchos picos y pisos, fija, y algo alada.

¿Su origen? Misterioso. ¿Había viajado por pura decisión? ¿Elegió ese jardín por casualidad? ¿Un niño diabólico le dio caza y la engarzó ahí, para darnos miedo, preocupaciones?

Ya la habíamos olvidado. Al ir por su lado ni la mirábamos. El diamelo fue perenne en asombro y embrujo.

Ahora mismo, al ver que volvíamos a observar, echó un chorro de rositas blanquísimas, casi incandescentes, que nos salpicó los vestidos.

La estrella tenía siempre actividad, aunque no la mirásemos. Atraía desde lejos, alguna cosa, y hasta algún ser.

Esa noche hipnotizó una iglesia, le sacó una novia. La trajo desde lejos. La novia dejó altar, novio, padres, padrinos, dejó el porvenir; y se vino envuelta en halos blancos, la

cauda larguísima que la seguía alucinada, el ramo, una guía brillante, y el rosario.

Enderezó hacia nuestro jardín y la estrella.

Algunos clamaban, le advertían: –Vete, no te acerques...!
Con un poco de voluntad te salvarías!

La novia se acercaba levemente sonriendo, pero muy seria y tiesa. La estrella se encocoró, ardía como nunca. La novia se acercaba, a través de monstruos, plantas, vecinos, luciérnagas, más y más.

La estrella la traía. Ella caminaba sin nunca llegar.

La estrella la traía más y más. La novia se acercaba con todos los ramos, pero sin llegar.

Entre la estrella y la novia hay sólo un paso desde aquel día, pero no se puede dar.

* * *

La tía Astromelia ya llegó. Yo sabía que iba a venir. No sé quiénes hablaban de carruaje, carro con flores o una bicicleta dorada.

Yo no vi nada.

Sólo a ella, en medio del jardín. Una flor nacida y desplegada así.

Sus faldas de oro brillaban en la sombra y en la luz; los ojos eran largos y azules y en forma de pequeños lirios; o redondos, celestes, más bellos que heliotropos.

Me dije: Es demasiado. No me querrá hablar... Aunque alguna vez lo ha hecho.

La tía Astromelia era estrella de cine. Me le acerqué no sé cómo. Con un miedo maravilloso.

–Astromelia, tía.